

Con respecto al trabajo, que es otro de los principales elementos de la civilización, los japoneses se han distinguido hasta aventajar en algunas artes á la industria europea.

Tienen excelentes obreros en cobre, hierro, y, sobre todo, para armas blancas.

Abundan allí cristalerías, en las que se ha llegado á tal perfección para elaborar objetos de cristal, que sus artefactos han servido para construir magníficos telescopios.

Los japoneses cultivan con gran éxito la literatura y la poesía, particularmente melodiosa, por la especial dulzura de la lengua que se habla en el imperio del sol naciente.

Por el año de 1873, las principales islas quedaron comunicadas por hilos telegráficos entre sí, y con todas las diversas naciones de Asia y Europa. En tanto que sus puertos de Nagasaki, Osaka, Hiogo, Kioto, Yokohama, quedaron abiertos al comercio universal, rompiendo el tradicional egoísmo de la civilización mongólica.

La obediencia, pues, á sus leyes, el amor al trabajo, á las ciencias y á las letras, la veneración á la justicia y á la fraternidad, y la poderosa iniciativa de un soberano sabio y enérgico, son los elementos con que ha entrado victoriosamente el Japón en concierto de las naciones civilizadas.

Honda admiración y viva simpatía he sentido al estudiar á ese pueblo que supo romper con seculares tradiciones y rutinarias costumbres arraigadas en todas las clases sociales; y que, mariposa del progreso humano, dejando un día el viejo capullo, tendió las alas para recorrer todas las cimas y bañarse en la luz de todos los cielos.

DOLORÉS ZEPEDA.

México, Julio 4 de 1903.

LOS SENTIMIENTOS Á LA LUZ DE LA FILOSOFÍA.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

Las ideas nuevas, las ideas que pugnan con creencias incrustadas en nuestra mente por un fenómeno que podría llamarse de atavismo intelectual, y que hasta nosotros llegan de generación en generación, son difíciles de sostener y más aún de comprobar.

Por esto, hoy, que vengo á tratar del espíritu estableciendo conceptos no trillados, lo hago con la esperanza de poder desvanecer con la implacable verdad de ellos, erróneas ideas, verdadera polilla de los siglos, que ya es tiempo cedan al empuje avasallador de la moderna lógica.

El espíritu no es sino el principio potente de la vida que se manifiesta tanto en el más imperfecto ser de la creación, cuanto en los organismos complicados y maravillosos, y que se revela en el rudimentario instinto del zoófito, tanto cuanto en las sublimes concepciones de los Reyes de la idea, que han asombrado al mundo con su talento.

En vano la razón humana pretende reservarse el privilegio de ser ella la sola poseedora de tan preciado bien; la ciencia inmensa é insondable como la mar, azota sin descanso los más potentes baluartes con que pretende contenerla el sofisma y al fin los derrumba con fragoroso estruendo, arrojando de su pedestal los deformes ídolos del pasado.

Antes de Copérnico y de Galileo, cuando se consideraba á la tierra como el centro del universo, el hombre podía forjarse ilusiones sobre su naturaleza, creyéndose un ser excepcional, dotado por especial favor de razón y de libertad. El era el rey de la creación, la tierra su palacio; el sol había sido fabricado para iluminar y calentar sus días, la luna y las estrellas para brillar en sus noches; los animales, los vegetales, las tierras y los mares y cuanto ellos encierran, todo había sido especialmnte destinado á su uso.

La comprobación del movimiento de la tierra, primero, y posteriormente los notabilísimos estudios de los Darwin, Spencer, y de toda esa pléyade de profundos pensadores y egregios sabios que ilustraron la pasada centuria, nos han hecho concebir una idea clara del rango que el hombre ocupa en la tierra, y ésta en el Universo.

¿Qué es la tierra si no una gota de lodo perdida en el espacio?

¿Y el hombre, el llamado rey de la creación, puede desconocer las notables analogías que lo unen á los demás seres vivos?

La observación revela por doquier las semejanzas y la continuidad, ya sea que comparemos al hombre con los animales superiores, ó que descendamos la escala de los seres vivos hasta llegar al animal inferior y á la planta.

La misma manera de nacer y de morir; el mismo proceso vital, la misma disposición general de los miembros y de los órganos, las mismas manifestaciones sensibles en idénticas circunstancias, la misma inteligencia, más general, sin duda, y más desarrollada en el hombre; pero en el fondo, de análoga naturaleza. Estas semejanzas comprueba el análisis entre el hombre y el ser viviente superior. Las diferencias son simplemente de grado, aun tratándose de los seres llamados inferiores; pero nunca encontramos diferencias esenciales de naturaleza.

Se ha demostrado, pues, que el espíritu no es un don especial al hombre, sino que se manifiesta como dije antes, donde quiera que exista la vida.

Pero si esto es cierto, también lo es que que en los seres inferiores existe en rudimentario estado, y que sólo alcanza maravillosa y esplendente perfección en el hombre.

Separándome de la caduca metafísica, no investigaré cuál es la naturaleza íntima, la esencia del espíritu, y lo consideraré solamente como un conjunto de fenómenos, caracterizándolo por sus manifestaciones.

El análisis más superficial nos demuestra que los fenómenos del espíritu pueden dividirse en tres grupos: fenómenos de sensibilidad, de inteligencia y de voluntad.

Consta, pues, el espíritu humano de tres atributos: de sentimiento, inteligencia y voluntad; y al preguntarme cuál de los tres podremos considerar como el primero y principal en nosotros, y al meditar un instante sobre ellos, descubro que el sentimiento es el que da mayor realce á los actos de nuestra vida, el que hace vibrar las fibras más delicadas de nuestro ser, de acuerdo con las

impresiones recibidas, el que nos impulsa hacia el bien ó hacia el mal, secundado por la inteligencia, y ésta, á su vez, por la voluntad.

Consideremos el sentimiento en sus manifestaciones más ingenuas, cuando todavía no se modifica por los otros atributos; consideremos los sentimientos en el niño, en ese ser delicado y tierno, en ese ángel que viene á llenar de felicidad el hogar, y al mismo tiempo á traer, bajo sus alas apenas perceptibles, el perfume que se derramará en el corazón de sus padres, convirtiéndose en amor paternal. El niño tiene frío, tiene hambre, siente un dolor físico y todo esto lo manifiesta por medio del llanto. De improviso cesa su llanto y es reemplazado por la alegría, agita sus manecitas, ríe, quisiera levantarse y en vano lo intenta; es que ha visto á su mamá, á esa santa interpretadora de nuestros deseos y tristezas, que comparte con nosotros nuestros dolores y alegrías, que vela junto á nuestro lecho cuando el mal nos agobia y nos consume. Es á ella á quien vió el niño, y su emoción fué de alegría; no porque el niño sepa por qué ama á la madre; no porque quiera darle á conocer su cariño, sino impulsado por un sentimiento casi instintivo.

Ella provee á sus necesidades, lo llena de caricias, procura adivinar sus deseos y aliviar sus sufrimientos; el niño asocia estas impresiones agradables con la vista de su tierna madre y por eso, al reconocerla, manifiesta su alegría. Por el contrario, hay una persona que causa males al mismo niño, motivándole dolor; el niño asocia el dolor con la vista de quien lo produce y cuando esta persona aparece, el niño hace manifestaciones contrarias á las anteriores; ahora sufre y da á conocer su sufrimiento por medio del llanto ó de la inquietud.

Esto mismo nos pasa á todos, y si no son iguales nuestras manifestaciones, depende: primero, del desarrollo de la inteligencia; segundo, de la voluntad que tengamos de ejecutar ó dejar de hacer lo que sentimos y pensamos, y por último, de nuestra educación moral. Definiré la sensibilidad como la facultad que tenemos de experimentar placer y sufrimiento.

Estos goces y sufrimientos los experimentamos de muy distinta manera, ya sea que gocemos con la vista de una cosa hermosa por su color, por su forma ó por otra de sus cualidades, ya que suframos, por ejemplo, con una quemadura producida en una mano. Gozamos con el placer que produce en nosotros el hacer una buena acción, como es la de proteger y ayudar á un pobre ciego, á uno de esos seres débiles que con frecuencia encontramos en nuestro camino, imposibilitados para recibir sensaciones por medio de la vista.

Sufrimos con la muerte de una persona amada, de un miembro querido de nuestra familia; con el pensamiento de que nos abandona y deja un lugar vacío en nuestro corazón, á la vez que en el hogar donde juntos habíamos compartido goces y sufrimientos, donde no puede pasar un día, una hora, un instante, sin hacer recuerdos de su vida y de sus dolores, de sus caricias y de sus virtudes, de su bondad y de su amor.

Estos goces y sufrimientos tan distintos, se han dividido en dos grupos, llamando á unos sensaciones, y emociones á los otros.

Para mayor claridad de lo que son las sensaciones y las emociones, pondré el siguiente ejemplo:

Es de noche, estoy sola en una pieza oscura, y en silencio medito, ó más bien mi espíritu está sumergido en una especie de ensueño, al que me entrego por com-

pleto. Instantáneamente entra por la ventana medio abierta, la luz de un relámpago que hiere mis ojos, que se cierran por la impresión de luz que recibieron, ó más bien diré, por la sensación. Al mismo tiempo se despierta en mí cierto temor; pienso en la tempestad que se anuncia; estoy sola y siento en lo interior algo entre miedo y tristeza, entre susto y violencia, que me domina enteramente. Siento una emoción.

Citaré las dos leyes que rigen al espíritu, por ser su importancia grandísima para la comprensión exacta del modo de verificarse estos fenómenos y de su manifestación exterior.

Si recibimos una impresión cualquiera sobre una parte sensible de nuestro organismo, ó en nuestra parte moral se establece una serie de corrientes que van á dar al cerebro, las cuales, por acción refleja, transmiten al mismo tiempo una agitación general á los órganos destinados al movimiento, así como también ejercen su influencia sobre las vísceras. Esta ley es llamada de la difusión, y la segunda, que es la de la relatividad, puede expresarse así: "Para que el espíritu experimente un sentimiento ó adquiera una idea, es necesario que haya un cambio en la impresión," es decir, que si constantemente estamos experimentando una misma impresión, no habrá ya ninguna sensación, ni podremos saber hasta qué grado nos es molesta ó grata esa impresión; pero si llega un momento en que se suspenda ésta ó se modifique, entonces es cuando experimentamos un cambio en nuestro ser, producido por la molestia ó el placer que nos causa su ausencia.

Estas leyes dan la razón, por la que, al recibir una impresión, hacemos movimientos involuntarios ó cambia el color de nuestro rostro, y á veces se escapan de

nosotros gritos de angustia y de dolor. Esta es la razón por la que personas sumamente sensibles no puedan reservarse sus sentimientos ó deseos, y conocemos en ellas con una ligera observación, si no todo lo que pasa en su interior, que es imposible conocer el corazón humano, sí al menos vislumbramos por la opaca claridad que nos ofrecen sus demostraciones, algo que nos sirve de guía para llegar al descubrimiento de su estado de ánimo. Fijando más nuestra atención y haciendo varias observaciones, llegaremos á interpretar lo que tal vez trataban de ocultarnos.

Ahora bien, el sentimiento ha sido considerado por algunos autores como el móvil de nuestras buenas ó malas acciones, de manera que desde ese punto de vista, lo dividen en sentimientos egoístas, llamando así á nuestras tendencias personales ó inclinaciones hacia el mal, y sentimientos altruistas que nos impulsan al bien, ó sean nuestras tendencias sociales.

Los sentimientos egoístas comprenden siete instintos y, aunque ligera, daré una idea de ellos.

El primero, el nutritivo, es necesarísimo, por ser el que sirve precisamente para conservar la vida y se manifiesta desde el primer día de la existencia. El segundo tiende á la conservación de la especie. El tercero es el maternal, y su tendencia es la misma.

Este sentimiento egoísta en su origen se convierte en altruista, porque casi siempre va acompañado de la bondad.

Raro, muy raro es, y sin embargo, existen madres que teniendo únicamente instinto maternal y nada de altruismo, sólo se preocupan de sus hijos por el provecho que de ellos puedan sacar, y los consideran como una propiedad. Pero felizmente no sucede siempre así;

la bondad en las madres predomina, y casi todas son un ángel guardián de los pasos de sus hijos. A semejanza de la tímida violeta que se oculta entre sus hojas y sólo deja escapar su olor suave á la vez que delicioso, la madre esparce sobre sus hijos el perfume que conocemos con el sagrado nombre de amor maternal. Y si alguna vez necesita ponerse á prueba, es capaz no sólo de agotar hasta las heces el cáliz del sufrimiento, sino que su amor se convertirá en arma con que entablar la lucha para librar á su hijo de los males que lo amenazan.

Vemos á una madre junto al lecho de su hijo enfermo, desvelarse noche á noche, sin desmayar un momento; vemos á una madre llegar suplicante, lívida á los pies de un juez, para implorar el perdón del hijo delincuente; la vemos, en fin, con los brazos tendidos, el corazón lleno de santa alegría y los ojos llenos de lágrimas, recibir al hijo ausente, perdonar al hijo ingrato.

El orgullo, que ocupa el quinto lugar entre los sentimientos egoístas, es el deseo insaciable de que nos hallamos dotados por la necesidad de predominio. Está en algunos seres tan desarrollado este instinto, que sacrifican lo más sagrado, lo más noble, por obtener el puesto que les hará ver á sus plantas, rendidos como esclavos, aun á los que antes fueron sus más adictos amigos, á los que los empezaron á levantar, cuando aun no se sostenían, sacrificando así la bondad misma en aras de su orgullo.

La vanidad es otro de los instintos del egoísmo. Vanidad indica necesidad de aprobación, y es hasta cierto punto uno de los mejores instintos, siempre que saquemos de ella el provecho que se puede sacar.

Un niño á quien nunca se le aprueba ninguno de sus actos ó trabajos, por buenos que sean, siente algo que le hace falta. Necesita estímulo, y el ardor y el gusto con que antes se disponía al trabajo, al bien, va decayendo, va haciéndose débil, en vez de fortalecerse.

Su ánimo va decayendo, y si sucede que es la reprobación la que recibe, llegará á hacerse de él un ser que si algo bueno piensa, no lo dice, por el temor que le inspira decir lo que le trae consigo el reproche.

Este ser necesita la aprobación; pero no debe confundirse la aprobación con la adulación. La primera debe ser sincera y merecida, mientras la segunda no es más que un juego de palabras empleadas para satisfacer ó acallar la vanidad.

El deseo del bienestar, último de los sentimientos que componen el egoísmo, se forma de dos instintos opuestos. Queremos ser únicos, solos, desprovistos de quien nos manda; estar rodeados de comodidades, tener una vida tranquila donde se refleja únicamente la salida y puesta del sol de nuestra vida, con todo su esplendor y majestad; es decir, que nuestros actos malos ó buenos, sean los únicos que predominen; que no haya extranjero que pretenda opacar nuestra gloria, y de esto, que es á lo que se llama instinto destructor, han provenido y provendrán las guerras, hasta que el hombre, despojándose de su egoísmo sólo tienda á dar rienda suelta al verdadero altruismo. Por otra parte, persiguiendo siempre el bienestar, todo hombre necesita tener donde ponerse á salvo de la intemperie y de los rigores del tiempo; necesita vivir bajo techo y tener algo menos duro que la tierra y las tarimas, para descansar de las fatigas del día; necesita cubrir su cuerpo desprovisto de abrigo, y entonces tomar de las materias primas que

la naturaleza nos suministra á manos llenas, construye choza, casa ó magnífico palacio, fabrica los útiles necesarios para satisfacer sus necesidades; se convierte de destructor en constructor, y gracias á este instinto, el mundo progresa, la ciencia adelanta, la luz se difunde y los hombres todos se olvidan de sus pasados días, para llegar á otros mejores.

Los sentimientos altruistas son los que vienen á completar la felicidad de nuestra alma; sin ellos queda en nosotros un vacío enorme, insondable. No se puede vivir feliz, sin experimentar las gratas emociones que nos proporcionan los instintos del altruismo. Los más grandes criminales, los hombres perdidos, las vidas depravadas, sienten á veces bullir en lo íntimo de su conciencia algo superior, que impulsándolos y sosteniéndolos á la vez, los hace respetar el nombre de sus padres y aun después de cometer un crimen, invocar el amor de la madre, pensar en ella. En medio de sus maldiciones y desesperación, llevan grabada en el corazón su imagen divina.

Estos sentimientos que iluminan el corazón, que, como chispa salida del ser humano, encienden los rasgos más hermosos de nuestra vida, son: el afecto, la veneración y la bondad.

Del afecto nace la amistad, la fraternidad y el matrimonio.

La amistad nos convida á todo lo grande é inmaculado de la vida. La amistad es para el hombre lo que para el caminante un oasis en medio del desierto. Rara es, pero si llega á encontrarse, se considera como la reliquia más cara después del amor de nuestros padres. Decir amigo, es decir confianza, amor, ternura. El amigo es quien nos consuela en los trances amargos de la vi-

da; el amigo es una columna fuerte que nos sirve de sostén en las luchas con nuestros enemigos; el amigo es el depositario de nuestros secretos, penas y sufrimientos.

Otra forma del afecto se manifiesta entre dos personas unidas por el sagrado vínculo del matrimonio. En él obra el amor como principio y como fin. Es tan fuerte este lazo, que haciendo prescindir de la dulce tranquilidad del hogar paterno, impulsa á seguir á ese ser que se hace inseparable y único para el otro. El hogar donde se aspira el perfume delicioso del amor, donde no se oyen los lamentos del sufrimiento, donde la joven y casta esposa espera anhelante la llegada de su adorado compañero, y que comparte su alegría ó mitiga sus penas; el hogar donde á la sombra del amor florecen el orden y la laboriosidad, es el ideal de toda alma sensible.

A nuestros padres y maestros, y á todos nuestros superiores, consagramos el sentimiento de la veneración.

En nuestros padres se funden en uno solo todos los cariños santos que existen y existirán.

El amor y el respeto filial son como innatos en todos los corazones tiernos, puros y elevados. Hay en ese amor un bien superior á todos los bienes. El aligera la más pesada carga y hace que se soporten con calma sobrehumana todas las vicisitudes de la vida. El amor filial hace emprender las cosas más grandes, y excita siempre á lo más perfecto; no hay trabajo que lo canse ni lazos que lo sujeten, ni miedos que lo turben, es el más dulce y puro de los amores; él inspira las buenas obras, y en él se encuentra el verdadero reposo del alma.

¡Bendito seas, sublime amor! ¡Tú eres mi alegría y mi refugio!

El instinto que cierra con admirable encanto el sentimiento altruista, es la bondad, esa virgen majestuosa que hace caer á sus plantas avergonzado al egoísmo; que acoge bajo los pliegues de su manto, salpicado de estrellas, á todos los necesitados; que resume todo lo bueno y delicado; que ve en cada ser otro yo; que nos impulsa á la abnegación y al sacrificio.

Después del ligero é imperfecto bosquejo que he hecho de los sentimientos, réstame sólo expresar mis deseos y mi esperanza de ver predominar por doquier los sentimientos altruistas sobre los egoístas, sin destruir éstos por completo, pues eso equivaldría á aniquilar la vida, sino satisfaciéndolos en su justo límite.

A nosotras, queridas compañeras, á nosotras las educadoras del porvenir, nos toca contribuir con nuestro grano de arena, para alcanzar este hermoso fin.

Debemos, pues, procurar ante todo, nuestro propio perfeccionamiento moral. Nuestro corazón es un álbum apenas comenzado, sobre cuyas primeras inscripciones irradian el amor al bien y á la virtud, que nos han inspirado nuestros padres.

Ojalá que las últimas páginas de este álbum se llenen con el recuerdo de una vida consagrada á la felicidad de los demás, teniendo como lema, las grandiosas palabras de un notable filósofo: "El amor por principio y el orden por base: el progreso por fin."

México, 4 de Julio de 1903.

JOSEFA GONZALEZ DÍAZ.

EL ANÁHUAC.

SEÑOR DIRECTOR GENERAL DE LA ENSEÑANZA NORMAL:

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

Emocionada vengo á esta tribuna, tan frecuentemente ocupada por la ilustración y el ingenio, y que ahora da breve hospitalidad á la insuficiencia mía.

Sírvame de excusa para este atrevimiento, el manifestar que más que por propia voluntad, vengo por cumplir un deber que no puede eludirse, y por corresponder á un honor que no debía declinar.

Mi disertación no tiende á otro objeto, que á dar una ligera idea acerca de "la fisonomía física, moral y social del Anáhuac," en los tiempos en que la espada audaz y afortunada de Cortés, aun no había cortado las potentes alas al águila gloriosa que Tenoch halló en medio del lago, y que más tarde llevó á la victoria las legiones conquistadoras de Itzcoatl, "varón tan excelente, que no hay lengua bastante para alabarlo," así